

Señor, dice el Salmista, habeis colocado nuestras iniquidades ante vos, y nuestra vida ha sido iluminada con el rayo de vuestro rostro: *Posuisti iniquitates nostras in conspectu tuo; seculum nostrum in illuminatione vultus tui.* (LXXXIX. 8). ¿Dónde iré para esconderme de vuestro espíritu? ¿Dónde iré para evitar vuestra presencia? *Quò ibo à spiritu tuo? et quò à facie tua fugiam?* (Psal. CXXVIII. 7).

El casto José contestó á la infame Putifar que le provocaba al crimen: ¿Cómo puedo yo cometer esta accion y pecar en presencia de mi Dios? *Quomodo possum hoc malum facere, et peccare in Deum meum?* (Gen. XXXIX. 9).

(Véase Presencia de Dios).

PECADO ORIGINAL.

Dios prescribió la circuncision á Abraham á causa del pecado original y para borrar la mancha que imprime en el alma. (Gen. XVII. 10.) La existencia del pecado original es cierta.

El mismo Jesucristo se sometió á la circuncision por humildad y por obediencia á la ley de Moisés; pero, exento de todo pecado é impecable por naturaleza, no la necesitaba. (Lvo. II. 21.)

Jesucristo ha establecido el sacramento del Bautismo para borrar el pecado original...

Por un hombre, dice el gran apóstol, ha entrado el pecado en el mundo, y con el pecado la muerte; así es que la muerte ha pasado á todos los hombres por aquel en quien todos han pecado: *Per unum hominem peccatum in hunc mundum intravit, et per peccatum mors; et ita in omnes homines mors pertransiit, in quo omnes peccaverunt.* (Rom. v. 12.)

Todos, hasta los niños, han pecado; pero los niños no pueden tener pecado actual: es menester, por consiguiente, que nazcan con un pecado de origen contraído en Adán...

El Real Profeta confiesa el pecado original: Considerad, Señor, dice, considerad que he sido engendrado en la iniquidad y que mi madre me ha concebido en el pecado: *Ecce in iniquitatibus conceptus sum, et in peccatis concepit me mater mea.* (L. 6.)

El pecado original es un dogma de fe...

Aunque separados del pueblo judaico, los antiguos pueblos habian tambien conservado recuerdos de la caída del primer hombre y de la maldicion divina, que cayó sobre su raza.

Por envidia de Satanás, dice la Sabiduría, la muerte ha entrado en el universo: *Invidia diaboli mors intraivit in orbem terrarum.* (II. 24).—(Véase el capítulo III. del Génesis). Causas del pecado original.

Aunque la desobediencia de Eva haya precedido á la de Adán, no deja de ser Adán la causa primera del pecado original, de sus consecuencias y propagacion, así como es la causa primera de la generacion. Porque es nuestra cabeza, y en él habian sido colocadas la inocencia y la justicia originales. Esto hace probabilisimo el parecer de que, á pesar de la caída de Eva, no hubiera habido transmision de la falta original, si Adán no hubiese pecado. Así opinan Santo Tomás y muchos teólogos.

Todos han pecado en Adán, dice S. Pablo (Rom. v. 12.); todos, porque, dice S. Agustin, todos los hombres han sido primitivamente aquel solo hombre, es decir, Adán: *Quia omnes homines fuerunt ille unus homo, scilicet, Adam.* (Lib. de peccat. merit., c. X). Todos los hombres han sido aquel solo hombre por su origen; á todos los representó, conteniéndolos en gérmen... De la misma manera que el acto actual é el acto del pecado pasa, pero deja

trás si el pecado habitual, es decir, una mancha en el alma, el pecado original, como acto de desobediencia de Adán, ha pasado; pero ha dejado á todos los hombres una mancha que cada cual trae al nacer. Es pecado actual y pecado habitual.

¿No vemos muchas veces que la deshonra y la mancha del padre pasa á los hijos, y el crimen de un príncipe se imputa á toda una nación?

Llevamos la pena de Adán, estando sujetos á la ignorancia, á la concupiscencia, á las enfermedades y á la muerte, etc... nacemos pues culpables. Pues el hombre no ha salido con tales condiciones de las manos del Criador; todo lo que Dios había criado era perfecto, dice la Escritura: *Erant valde bona.* (Gen. I. 31).

La sangre de Adán ha sido infectada con su crimen, y como todos los hombres proceden de aquella sangre impura, todos nacen manchados con el pecado original...

La excepción hecha á favor de la Virgen inmaculada no destruye la ley general; no hay ley, por más general que sea, que no pueda tener excepciones. El soberano legislador tiene el derecho de dispensa. Con el derecho supremo que tiene sobre todas las criaturas, Dios colocó la voluntad de todos los hombres en la voluntad de Adán, á fin de que su posteridad tuviese que hacer lo mismo que él hiciera, ya bueno, ya malo. La voluntad de Adán ha sido pues la voluntad de toda su raza. Dios ha obrado así para que Adán fuese el tipo, ó mejor, si así podemos expresarnos, el antitipo de Jesucristo, cuya voluntad, satisfacción y méritos deben ser los nuestros. Pues, como dice S. Pablo, Jesucristo es para nosotros sabiduría procedente de Dios, justicia, y santificación, y redención: *Christus factus est nobis sapientia a Deo, et justitia, et sanctificatio, et redemptio.* (I. Cor. I. 30).

El pecado original, dice Tertuliano, ha producido nuestra debilidad, debilidad que no procede de la naturaleza: *Languorem istum culpa meruit, natura non habuit.* (Pe Pœnit., n. 5).

Por el pecado original, dice S. Próspero, el hombre perdió la ciencia del bien, la iniquidad ahuyentó la justicia, el orgullo destruyó la humildad, la concupiscencia atacó la continencia, la infidelidad arrojó fuera la fe, el cautiverio reinó en lugar de la libertad, y la virtud no pudo quedarse en un sitio invadido por tantos vicios. (*Sentent.*)

Veo en mis miembros, dice S. Pablo, otra ley que combate la ley de mi espíritu, y me cautiva con la ley del pecado, que está en mis miembros. ¡Desdichado hombre soy! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? (1).

No comprendo mis acciones, añade el Apóstol; no hago el bien, que quiero; y sí el mal, que aborrezco: *Quod enim operor, non intelligo: non enim, quod volo, bonum, hoc ago; sed, quod odi, malum, illud facio.* (Rom. VII. 15).

Nosotros también, dice en otra parte, éramos ántes insensatos, incrédulos,

(1) Video aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis mee, et captivam me in lege peccati, que est in membris meis. Infelix ego homo, quis me liberabit de corpore mortis hujus? (Rom. VII. 23-24).

dados al error, esclavos de nuestros deseos y de diversos deleites, obrando por malicia y por envidia, aborrecibles, y aborreciéndonos unos á otros (1).

Ví á la derecha del que estaba sentado en el trono, dice S. Juan en el Apocalipsis, un libro escrito, sellado con siete sellos: *Vidi in dextera sedentis supra thronum librum scriptum, signatum sigillis septem.* (v. 1).

Muchos doctores piensan que aquel libro era el emblema de la culpa y de la pena del pecado de Adán, pecado con el cual Adán se ató y nos ató la venganza de Dios. Los siete sellos significan los siete males nacidos de aquel pecado, á saber: 1.º la ofensa de Dios...; 2.º la pena del daño...; 3.º la pena del fuego del infierno y de las aflicciones de la vida...; 4.º la necesidad de morir...; 5.º el yugo de Satanás...; 6.º el alejamiento de Dios y una violenta inclinación á las criaturas...; 7.º la concupiscencia y la ignorancia. Sólo Jesucristo pudo romper aquellos siete sellos, es decir, destruir aquellos siete males...

El cardenal Belarmino enumera diez castigos impuestos á la naturaleza humana por el pecado original: 1.º la ignorancia del alma; 2.º la perversidad de la voluntad; 3.º la concupiscencia; 4.º el trabajo y los dolores del cuerpo; 5.º la muerte; 6.º la ira de Dios; 7.º la esclavitud bajo el yugo del demonio; 8.º los procesos, las disputas, las sediciones y las guerras; 9.º la rebelión de los animales contra el hombre, y la guerra que le hacen; 10 todos los males previstos ó imprevistos que al hombre suceden, ya del Cielo, ya de la tierra ó del mar. (*In Eccles.*)

Dezucamos de lo dicho lo que es el pecado, cuán terrible es y cuánta su malicia.

Pero, si Dios castiga tanto en los niños el pecado de Adán, que ellos en cierto modo no han cometido ¿cómo castigará los pecados que voluntariamente cometemos? Si castiga tanto, ya en esta vida, en los inocentes niños, y aun más en los justos y Santos, una desobediencia de Adán ¿cómo castigará tantas impurezas, tantos celos, blasfemias, escándalos, asesinatos y herejías como diariamente acumulan los grandes pecadores para el infierno?

Por el pecado de Adán el alma se vió degradada en su inteligencia, entregada á la ceguedad y á la ignorancia; se vió degradada en su voluntad, que se aparta de Dios, y se siente atraído hácia los bienes perecederos; en su memoria, que olvida el bien y se acuerda del mal; en su sensibilidad, júngete de varios temores y sobresaltos; y en el apetito irascible (2), por su debilidad y una multitud de codicias.

(1) Eramus enim aliquando et nos insipientes, increduli, errantes, servientes desideris et voluptatibus variis, in malitia et invidia agentes odibiles, odientes invicem. (Tit. III. 3).

(2) El apetito irascible es la facultad con que el alma se inclina á vencer las dificultades que encuentra en ir en pos del bien y en huir del mal. Ordinariamente se opone al apetito concupiscible, que es el apetito que mueve el alma á buscar un bien sensible ó un objeto que le place.

PECADO VENIAL.

El pecado venial es el camino que conduce á las grandes caídas.

El que desprecia las faltas pequeñas se perderá insensiblemente: *Qui spernit modica, paulatim decidet.* (Eccli. XIX. 1). Si, dice S. Gregorio, si miramos con descuido las faltas pequeñas, seducidos poco á poco, acabaremos por caer audazmente en faltas mayores. Porque el que no cuida de llorar los pecados veniales que ha cometido y de evitarlos, decae del estado de justicia, no de repente, sino por grados é insensiblemente. Es menester advertir á los que están habituados al pecado venial que consideren mucho que á veces una caída tígera perjudica en cierto modo más que una falta grave; porque una falta grave se nota más pronto, y más pronto se llora; pero no se tiene en cuenta una falta ligera, y es tanto más peligrosa, cuanto se comete sin escrúpulo. Sucede muchas veces que el alma acostumbrada á las faltas ligeras acaba por no horrorizarse de las faltas graves: corrompida por sus numerosas infracciones, llega á tal punto de atrevimiento, desprecio y malicia, que no teme ya los pecados mortales, porque ha aprendido á cometer sin temor los pecados veniales. (*Lib. X. Moral. c. XIX.*)

Habia en Bethania cierto Lázaro que se hallaba en un estado de languidez. Sus hermanas enviaron á decir á Jesús: Señor, ved que aquel á quien amais está enfermo. A aquella noticia, Jesús respondió: La tal enfermedad no es para llevar á la muerte... Y permaneció dos días en el mismo lugar. Luego dijo á sus discípulos: Vamos de nuevo á Judea... Jesús llegó pues, y encontró que Lázaro estaba en la tumba hacía ya cuatro días. Y dijo: ¿Dónde le habeis puesto? Los que allí se encontraban respondieron: Venid y ved. Jesús fué al sepulcro: era una cueva cuya entrada la cerraba una piedra. Y Jesús dijo: Quid la piedra. Marta, hermana de Lázaro, replicó: Señor, despidete ya mal olor...

Este relato es el cuadro de la vida y de la caída definitiva del hombre que no evita cuidadosamente el pecado venial. 1.º No experimenta desde luego más que una languidez del alma... 2.º Aquella languidez se agrava y se convierte en enfermedad... 3.º Caen en un sueño letárgico, es decir, en la indiferencia por su estado... 4.º La muerte, ó el pecado mortal llega... 5.º Luego viene la putrefacción, ó sea la corrupción del corazón.

Una falta, dice S. Bernardo, os parece á primera vista insufrible, luego la juzgais ménos grave, despues no la sentís ya, y al fin llega á ser para vosotros un objeto de deleite: *Primum aliquid videtur tibi importabile; iudicabis non adeo grave; nec senties; paulo post etiam delectabilis.* (Serm. in Cant.)

Basta una chispa para producir un gran incendio...

Es menester, dice S. Cipriano, es menester cerrar, no digo las puertas, sino hasta las más pequeñas aberturas, no sea que el enemigo penetre en el campo por una rendija. Todo el perimetro de una ciudad debe fortificarse para

que no sucumba enteramente por un lugar débil; pues dice Salomon que el que desprecia las cosas pequeñas se perderá poco á poco (1).

¿No sabeis que un pedacito de levadura ha de fermentar toda la masa? dice San Pablo: *Nescitis quia modicum fermentum totam massam corrumpit?* (I. Cor. v. 6.)

El que no evita los pecados veniales, dice S. Isidoro, se expone á caer en los mayores crímenes; porque el pecado venial engendra, por decirlo así, el pecado mortal. Los vicios crecen pronto y sin que lo notemos: si no se hace caso del pecado venial, pronto llegará el pecado mortal. Evitad, pues, cuidadosamente el uno para preservaros por completo del otro. (*De Norma bene vivendi.*)

El alma consagrada á Jesucristo, dice S. Jerónimo, fija su atención lo mismo en las faltas pequeñas que en las graves; porque sabe que se habrá de dar cuenta hasta de una palabra inútil: *Mens Christo dedita, et in majoribus, et in minoribus intenta est, sciens etiam pro otioso verbo reddendam esse rationem.* (Ad Heliodorum.)

No podeis dejar de hacer caso de vuestras culpas, so pretexto de que sean leves, dice S. Agustin; porque las gotas de agua acaban por llenar los rios, y por arrastrar las rocas y los árboles con sus raíces: *Noli despicere peccata tua, quia parva sunt; nam etiam pluviarum gutte flumina complent, et moles trahunt, et arbores cum suis radicibus tollunt.* (Serm. LXIV. de Temp.)

El alma consagrada á Dios, dice S. Bernardo, debe evitar con tanto cuidado los pecados más leves como los más graves; porque los que caen en los mayores excesos comienzan por pequeñas infracciones: *Mens Deo dicata, sic cavet minora vitia, ut majora; quia á miis incipiunt, qui in maxima prorumpunt.* (Serm. in Cant.)

Nadie llega á ser un gran criminal repentinamente...

¿Qué más da, dice S. Agustin, qué más da que el empuje de una ola terrible estrelle el buque y lo eche á pique, ó que, penetrando el agua insensiblemente en la cala, sin impedirlo el descuido de los marineros, llene el buque y lo sumerja! En uno y otro caso, ¿no se verifica igualmente el naufragio? (2).

Las consecuencias del pecado venial son funestas; porque, 1.º, si este pecado no destierra á Dios del corazón, entristece al Espíritu Santo, que habita en nosotros; y dar que sentir á un amigo que viene á visitarnos, es darle á entender que puede retirarse, y que podemos pasar sin su presencia... 2.º Dificulta la abundancia de las gracias... 3.º Disminuye en el alma el fuego del amor divino... 4.º La precipita en el fatal estado de tibieza, estado peligrosísimo, puesto que el Señor dice en el Apocalipsis: ¡Ojalá estuvieses frío ó caliente! Pues, ya que eres tibio, y ni frío ni caliente, te arrojare de mi boca: *Utinam frigidus esses, aut calidus; sed, quia tepidus es, et nec frigidus,*

(1) Omnes rimas, non dicam poro, claudende sunt; ne per unum foramen castra omnia penetrant; et universa sunt componenda munimento, ne per modicum non munitum tota civitas ruat; sicut Salomon repetit, dicens: Quis spernit modica, paulatim decidet. (Serm. in Eccles.)

(2) ¿Quid interest ad naufragium, utrum uno grandi fluctu navis aperiatur et obruat; an paulatim subrepens aqua in sentinam, et per negligentiám derelicta atque contempta, implicet navem atque submergat? (Epist. CVIII. ad Seleuciam.)

nee calidus, incipiam te evomere ex ore meo. (III. 15-16.) 5.º El pecado venial priva de varios favores que Jesucristo concede ordinariamente á las almas vigilantes y fieles, como son los consuelos sensibles, la paz del corazón, etc... 6.º Debilita las fuerzas del alma, aumenta las pasiones, y las fortifica. Y de ahí resulta que si se presenta una tentación violenta ó una ocasión seductora, abatido el hombre por las numerosas heridas que le ha causado el pecado venial, no tiene fuerzas para resistir, consiente y sucumbe, y como dicen los Cantares: Las raposas devastan las viñas: *Vulpes demoliuntur vineas.* (II. 15.) 7.º Ante la negligencia y el desprecio de las pequeñas faltas, el demonio llega á ser más poderoso y atrevido para solicitar á los hombres y hacerles caer en pecado mortal. Y, por el contrario, el que trata de evitar las faltas veniales, presenta dificultades al demonio, y es muy difícil que sea vencido y pierda la vida del alma con el pecado mortal.

Me atrevo á adelantar algo admirable, dice S. Crisóstomo, algo que todavía no se ha oído decir; y es que me parece que no se deben evitar con tanto cuidado los pecados mortales como los veniales. En efecto; la naturaleza misma nos inclina á horrorizarnos de los grandes excesos; mientras que no hace caso de las faltas leves, bajo el pretexto de que no infaman. Tal descuido y negligencia quitan pronto al alma la generosidad y la fuerza necesarias para no cometerlas, y á consecuencia de las heridas que causan al alma, viene la muerte. Por este camino veréis producirse todas las grandes iniquidades, porque ningún hombre cae de repente á las últimas profundidades del mal y al fondo del abismo. El alma tiene cierta vergüenza y cierto pudor natural de que no puede desprenderse en seguida; pero lo hace gradualmente, poco á poco. (*Homil. LXXXVII. in Math.*)

Malicia del pecado venial.

Las siguientes consideraciones ayudarán á comprender cuánta es la malicia del pecado venial. 1.º El pecado venial, lo mismo que el mortal, es una desobediencia á Dios... Encierra igualmente cierto desprecio de Dios y de su santa ley... 2.º Después del pecado mortal, es el mayor de los males; y, según los santos Padres y los teólogos, todos los méritos de los apóstoles, de los mártires, de los Santos y de los ángeles, y hasta de la augusta Madre de Dios, no bastarían para borrar un solo pecado venial y reparar la injuria que hace á Dios: son necesarios los méritos de Jesucristo... 3.º El pecado venial es el mal de Dios. Y de ahí se deduce que, siendo la gloria y el honor á Dios debidos infinitamente superiores á cuanto atañe á las criaturas, hasta á las más nobles y perfectas, no sería permitido cometer un pecado venial ni aún para evitarles los mayores males ó proporcionarles los mayores bienes...

Muy bien dice Salvio: Nada hay leve en las cosas que hieren á Dios. *Nihil leve aestimetur, quo leditur Deus.* (Lib. VI.)

Todos los pecados atacan y ofenden á Dios; y la falta más ligera contra aquel soberano dueño de un mal mayor que todos los males que podrían abair á las criaturas. El pecado venial es una mancha para el alma, al paso que los otros males, cualesquiera que sean, no son más que la pena ó el castigo del pecado...

San Agustín declara que no sería permitido decir una ligera mentira para salvar á todos los réprobos, porque la mentira es el mal de Dios, mientras

que el suplicio de los réprobos no es más que el mal del hombre. Y, no siendo los mayores males del hombre más que el mal de la criatura, pura nada, no son tan grandes como la menor ofensa á Dios, ofensa que ataca á una majestad infinita. (*Lib. Confess.*)

Los mismos paganos comprendieron que no es cosa indiferente en sí preservarse de las faltas ligeras. No es, dice Plutarco, no es una prueba mediana de que progresamos en virtud, si tratamos de evitar las más pequeñas faltas. Obrar así es probar que hemos adquirido ya méritos que queremos conservar intactos. (*De Profectu virtutum.*)

Ni aún el hombre justo está libre de caídas leves; pero las deplora y repara, dicen los Proverbios: *Septies cadet justus, et resurget.* (XXIV. 16). Si decimos que no hemos pecado, nos engañamos á nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros, dice el apóstol S. Juan: *Si dixerimus quoniam peccatum non habemus, ipsi nos seducimus, et veritas in nobis non est.* (I. 1. 8). Todos fallamos en muchas cosas, dice el apóstol Santiago: *In multis offendimus omnes.* (III. 2). Sólo es propio de Dios el no cometer falta alguna, dice Clemente de Alejandría: *Nihil omnino peccare, proprium est Dei.* (Lib. I. Paedag., c. II).

Hemos de procurar cuidadosamente no caer, y volvernos á levantar después de nuestras caídas...

Nada puede darnos mejor á conocer cuán grave mal es el pecado venial, que los castigos impuestos por Dios en esta vida y después de la muerte. Los sagrados libros nos ofrecen numerosos ejemplos. Moisés fué excluido de la tierra prometida en castigo de una ligera duda sobre la omnipotencia de Dios... David vió perecer á setenta mil de sus súbditos en castigo de una falta de vanidad... Los bethsamitas, por haber mirado con curiosidad el arca, y Osa, por haberla tocado, quedaron heridos de muerte. Por una mentira, Ananías y su esposa tuvieron la misma suerte. Dios castiga muchas veces con enfermedades y otras alliciones temporales, faltas que no son más que veniales; y las castiga también con penas interiores mucho más rigurosas, tales como la sequedad de la oración, el disgusto por los ejercicios de piedad, las tentaciones contra la fe y la pureza, la falta de ánimo, y hasta la desesperación, y otras penas interiores, tan difíciles de sufrir muchas veces, que los que las experimentan se ven expuestos á abandonar el servicio de Dios, y por consiguiente á perderse...

En el otro mundo, Dios castiga el pecado venial con el purgatorio...

Cuántos pecados veniales se cometen.

PECADOR.

El pecador no tiene comunicacion con Dios.

A amargura, dice S. Cipriano, no puede ir unida á la dulzura, ni las tinieblas á la luz, ni la lluvia á un tiempo sereno ni la guerra á la paz, ni la esterilidad á la fecundidad, ni la sequía á la humedad, ni la tempestad á la calma: el pecador, pues, no puede tampoco ir unido á Dios y á su gracia. (*Lib. I. Epist. VIII.*)

Nadie puede servir á dos amos, dijo Jesucristo: *Nemo potest duobus dominis servire.* (*Math. VI. 24.*) ¿Qué alianza puede existir entre Cristo y Belial? dice el Apóstol: *Que conventio Christi et Belial?* (*II. Cor. VI. 15.*)

El pecador es quien primero rompe toda comunicacion con Dios, y sólo á consecuencia de tal abandono, Dios se aleja. El pecador dice á Dios: Retírate de mí, no quiero conocer tus sendas: *Dixerunt Deo: Recede a nobis: scientiam viarum tuarum nolumus.* (*Job. XXI. 14.*) Y como los judíos, exclaman: No quiero que Jesucristo reine en mí: *Nolumus hunc regnare super nos.* (*Luc. XIX. 14.*) No le queremos á él, sino á Satanás: *Non hunc, sed Barabbam.* (*Joann. XVIII. 40.*)

A no ser que se le abandone, Dios no abandona á nadie, dice S. Agustín, y atrae á sí á muchos desertores: *Qui nisi prius deseratur, neminem deserit, et multos desertores ad se convertit.* (*In Psal.*)

Con justicia es abandonado por Dios el que le abandona, dice S. Fulgencio: *Iuste deseritur a Deo, qui deserit Deum.* (*Epist. VI.*)

Habiendo Oseas tomado esposa por mandato expreso del Señor, recibió órden de dar nombres proféticos á cada uno de sus hijos. El tercero fué llamado *No mi pueblo*; pues Dios dijo: No sois ya mi pueblo, y no seré ya vuestro Dios; *Voca nomen ejus: «Non populus meus,» quia vos non populus meus, et ego non ero vester.* (*I. 9.*)

Lo que el Señor dice del pueblo de Israel se aplica principalmente al grande y desgraciado pueblo que formarían los pecadores reunidos.

En el Cielo, los ángeles y los Santos; en el mundo, el sol, la luna, las estrellas, la tierra, los mares y todas las criaturas; en el infierno, los réprobos y los mismos demonios obedecen y obedecerán eternamente á Dios: sólo el pecador le desobedece. Los seres desprovistos de razon obedecen: y el pecador, que tiene la razon por dote, se niega á la obediencia. ¡O rebelion detestable y criminal!...

¿Pues qué! exclama S. Agustín; tú, hombre, que mandas á la criatura, te niegas á servir al Criador! ¡Ejerces dominio, y no quieres acatar al dueño de todo! Teme la paciencia del Señor, si no quieres experimentar la severidad de sus juicios (1).

(1) Qui creaturas imperas, Creatori non servis. Qui dominatum exerces, et Dominum non agnoscis. Time Dominum patientem, ne se verum sentias judicem. (*Sentent.*)

Pecadores, habeis roto mi yugo, dice el Señor por boca de Jeremías; habeis roto los lazos que á mí os unian, y habeis dicho: No serviré: *Confregisti jugum meum, rupisti vincula mea, et dixisti: Non serviam.* (*II. 20.*)

No han querido dar oído á mis palabras, añade el Señor; y han seguido á dioses extraños para servirles: *Noluerunt audire verba mea; abierunt post deos alienos, ut servirent eis.* (*Jerem. XI. 10.*)

Jonás desobedece á Dios; se levanta para huir de la presencia del Señor: *Et resurrexit Jonas, ut fugeret a facie Domini.* (*I. 3.*)

Aquí, dice S. Crisóstomo, Jonás es la figura de los pecadores, que, parecidos á hombres ébrios, no atienden á dónde van, ni á dónde ponen el pié; sino que, siguiendo sus pasiones, se pierden por su propia locura y desobediencia. (*Homil. ad pop.*)

Hijos crié y engrandeci, dice el Señor por boca de Isaías; pero ellos me despreciaron: *Filios enutriví, et exaltavi; ipsi autem spreverunt me.* (*I. 2.*) Preferis, ó pecadores, la criatura al Criador, la nada á Dios, el vicio á la virtud, y el infierno al Cielo... ¿Podeis manifestar al Señor más profundo desprecio?... El pecador desprecia á Dios.

Considerad, pecadores, las palabras de Jesucristo á Saulo, enemigo del Salvador y de la Iglesia: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? *Saulé, Saulé, quid me persequeris?* (*Act. IX. 4.*) El pecador es ingrato.

¿Por qué me persiguis para darme la muerte á mí, cuando os persigo para daros la vida? Soy dulce, bueno y misericordioso; no os he hecho daño alguno; jamás os he ofendido. ¿Por qué me tratáis como á un enemigo? Soy vuestro Criador... vuestro bienhechor... vuestro amigo... vuestro padre... Os he inscrito en mis manos y en mi corazón... ¿Por qué me persiguis? *Quid me persequeris?*... Por vosotros bajé á la tierra, y me hice hombre; por vosotros nací en un establo, sufrí y trabajé durante treinta y tres años, pasé la agonía en el huerto de los Olivos, sufrí en Jerusalem mil diversos ultrajes, subí al Calvario, y morí en una cruz... ¿Por qué me persiguis? *Quid me persequeris?* ¿No os he colmado de bienes temporales y espirituales?... ¿No os he prometido mi eterno reino y mi gloria?... ¿Por qué me persiguis? *Quid me persequeris?*...

El hijo pródigo partió para un país extranjero y lejano, y dispuso su hacienda en una vida de excesos y de orgías: *Peregre profectus est in regionem longinquam, et ibi dissipavit substantiam suam, vivendo luxuriose.* (*Luc. XV. 13.*) Así se conduce el pecador: disipa todos los dones de la naturaleza y de la gracia que se le han concedido...; pierde la gracia de Dios, la caridad y todas las virtudes...; su alma y sus nobles facultades... De tal manera se embota su inteligencia, que no conoce ya á Dios, ni la hermosura y las riquezas de la virtud, ni la infamia del vicio. Su memoria se debilita, y no recuerda ya la ley de Dios, los beneficios que de su Criador ha recibido, ni sus propios deberes... Su voluntad se malea hasta el punto de llegar á preferir la criatura al Criador, el Demonio á Dios, y el infierno al Cielo... Todas las fuerzas de su alma y de su cuerpo, que debieran estar consagradas al servicio del Criador, las emplea en El pecador disipa todos los dones de Dios.

servicio de la criatura, de sus pasiones y orgías... Todos los días malgasta los preciosos dones que recibió en el Bautismo, profana la nobleza de su alma, y destruye su idoneidad para las virtudes....

El pecador vive en la penuria, en el hambre.

Después de haber el pródigo malgastado todos sus bienes, y en circunstancia en que reinaba mucha escasez en el país en que vivía, sintió la necesidad. Marchándose, pues, se puso al servicio de un amo que le mandó á su casa de labranza para guardar cerdos. Y deseaba satisfacer su hambre con las bellotas que comían aquellos animales; pero nadie le daba: *Cupiebat implere ventrem suum de siliquis, quas porci manducabant; et nemo illi dabat.* (Luc. XV. 14-16). Justo castigo del pródigo y del pecador que le imita. Consumió locamente su patrimonio con compañeros tan disolutos como él; y en castigo, cuando muere de hambre, no encuentra quien quiera darle una pequeña parte de la comida destinada á animales inmundos...

Oigamos á S. Crisóstomo: El disoluto fasto del hijo pródigo, dice, tuvo por castigo el hambre, de modo que el castigo vengador fué muy adecuado á la falta cometida. Pero ¡qué cruel fué el servicio que se vió obligado á prestar! Ni siquiera se le permitía comer con los animales que cuidaba (1). Lo sucedido al hijo pródigo es la figura del triste estado en que acaban por verse reducidos todos los pecadores, y sobre todo los impúdicos...

El pecador queda despojado del adorno de las virtudes y de la gracia. Pierde la gloria que debían proporcionarle y la herencia de los Cielos...

El pecador cae en la esclavitud y en la degradación.

Me he sumergido en el cieno del abismo, y se escurre debajo de mis plantas, puede decir el pecador con el Salmista: *Infixus sum in limo profundi, et non est substantia.* (LXVIII. 2). He bogado por el envenenado mar de los males, y la tormenta de las pasiones me ha sumergido: *Veni in altitudinem maris, et tempestas demersit me.* (Psal. LXVIII. 2).

El Señor humilla á los pecadores hasta el polvo: *Humilians peccatores usque ad terram.* (Psal. CXLVI. 6).

Considerad, dice S. Paulino de Nola á Severo, considerad la existencia de los pecadores; y vereis que son semejantes á la bestia de carga que con una venda en los ojos dá vueltas á una noria de un molino. Ciegos por la impureza de su vida y los extravíos de sus sentidos, ya no ven nada, y se resuelven sin cesar y con espantoso trabajo en el círculo de sus vicios, arrastrando el peso del pecado y sin poder llegar á quebrantar la cadena que les sujeta á aquella muela de que se valen para destrozar su inocencia, su alma, su corazón, sus virtudes y la corona que les estaba destinada en la eternidad. Aquella muela tiene un peso incalculable, porque está construida con sus iniquidades... Los pecadores pueden también compararse á caballos destinados á arrastrar á Satanás y todo el infierno... (*Epist.*)

San Jerónimo llama á los pecadores cadáveres animados por los espíritus infernales. (*Epist.*)

(1) *Luxurie fames torcor opponitur, ut ibi ultrix poena sæviat, ubi poenalis reatus exerceat. Quam crudele ministerium! quia neque convivit porcis, qui vivit porcis.* (In Luc., c. XV.)

La Sagrada Escritura habla muchas veces de la horrible esclavitud á que se ven reducidos los pecadores. El impio, dicen los Proverbios, queda envuelto en sus iniquidades como en una red; está ligado por sus pecados como con cuerdas; *Iniquitates sue capiunt impium, et funibus peccatorum suorum constringitur.* (v. 22). El que se abandona al placer, se anticipa, ignorando que le llevan al cautiverio: *Ignorans quod ad vincula stultus trahatur.* (Prov. VII. 22). Todos los pecadores estan atados con una cadena de tinieblas, dice la Sabiduría: *Una catena tenebrarum omnes erant colligati.* (VII. 17).

Los pecadores son esclavos del demonio..., esclavos de sus pasiones y de sus iniquidades..., esclavos de la muerte... Pecando, el hombre que antes ejercía cierto imperio sobre el mismo Dios, llega á ser esclavo del infierno y de todas las criaturas, hasta las más débiles...

Nada es tan débil como el pecador, ni fuerte como el justo. Véase por qué razones: 1.º La concupiscencia y las pasiones que conducen al pecado ablandan el espíritu y afeminan el corazón; pero, triunfando de ellas, la virtud hace que el espíritu y el corazón sean fuertes y enérgicos. 2.º Los remordimientos roen al pecador y le abaten; al paso que la tranquilidad de conciencia del justo le sostiene y le da una fuerza inquebrantable. 3.º El pecador no tiene la gracia de Dios; en tanto que el justo la posee: así pues, la gracia es omnipotente; por ella pueden llevarse á cabo las más difíciles empresas, las obras más heroicas. Véanse los apóstoles, los mártires, los misioneros, las vírgenes, etc. Sin la gracia, por el contrario, ningún bien puede hacerse. El justo y magnánimo está lleno de confianza; el pecador es pusilánime, tímido y titubea. Temiendo comprometer su fortuna, su reputación ó su vida, el pecador es infiel á su fe, y comete crímenes que le hacen perder el Cielo y la eterna felicidad; el justo, por el contrario, no teme más que lo que debe temerse, y desprecia todo lo demás...

¿Cuánta no fué la debilidad de los judíos? Así que sufrían alguna prueba, murmuraban, blasfemaban... Y lo mismo sucede á todos los pecadores. ¿Dónde han de hallar la fuerza necesaria para cumplir acciones grandes y santas?...

Ellos, dice Hugo de S. Victor, no conocen mortificación de la carne, lágrimas de compunción, ni serenidad de conciencia. No tienen ya el conocimiento de sí mismos, el celo por la justicia, el fervor de la sabiduría, el buen olor de la misericordia, la dulzura de la contemplación, la suavidad de los bienes eternos, la práctica de la penitencia, el desprecio por las cosas perecederas, el consuelo de la caridad fraternal, la sed y el deseo de las recompensas celestiales, ni el amor del bien. (*Lib. de Anima*). Reducidos á sus propias fuerzas, que no son más que debilidad, son incapaces de toda acción sobrenatural. Se parecen á las hojas de otoño, que la savia ya no alimenta, y que los vientos desprenden fácilmente de las ramas para dispersarlas á una y á otra parte.

El que ama la iniquidad, tiene odio á su alma, dice el Profeta Rey: *Qui diligit iniquitatem, odit animam suam.* (X. 6.) Preciso es que no pueda sufrirla, ya que nunca piensa en ella, no la alimenta, no la viste, no le habla, no la visita y no emplea médico ni remedio para curarla, estando como está enferma y agonizante... Preciso es que la deteste, puesto que la vende por nada, por

El pecador es la debilidad misma.

El pecador tiene odio á su alma.

un vil placer, por una vergüenza... Preciso es que la aborrezca, puesto que la priva de toda libertad, de toda paz, de todo consuelo, de toda dicha, la entrega á sus enemigos, y le da la muerte...

El pecador es pasto del demonio.

San Agustín dice que, cuando se sentenció al demonio á comer tierra, se advirtió también al pecador que era tierra y que pararía en tierra. Es, pues, evidente que el pecador está destinado á ser pasto del demonio. No seamos tierra, si no queremos ser devorados por la serpiente que sedujo á Eva (1). El demonio se alimenta con los pecadores como un manjar exquisito... El hombre que por imprudencia, ceguedad ó furor, desea, busca, abraza las cosas que nada valen, en vez de las cosas grandes; el que prefiere los bienes frágiles á los bienes sólidos, lo que pasa á lo que es eterno, el deleite á la pureza, la tierra al Cielo, la carne al espíritu; etc., no tiene corazón. Vénus, Mammon, Baco, etc., es decir el demonio del deleite, de la avaricia, de la gula, se lo han devorado...

El pecador es cierto anticristo.

Hablando de los pecadores, dice el apóstol S. Juan: Y ahora muchos se han convertido en anticristos: *El nunc anticristi multi facti sunt.* (I. II. 18.)

¿Qué hace, en efecto, el pecador? El Salmista lo dice en dos palabras: El pecador ha irritado á Dios: *Exacerbavit Dominum peccator.* (X. 4.) Ha combatido contra el Señor. ¿No es este el papel que debe representar el anticristo?... Por anticristo, no solo entiende S. Agustín el gran enemigo que luchará contra Dios en los últimos tiempos, sino toda la multitud de impíos opuestos á Jesucristo. (*In Epist. S. Joann.*)

Sin embargo, es cierto, es de fe que habrá un sér verdadero Anticristo.

La vida del pecador es de testable.

Hay pecadores tan corrompidos y culpables, que no parecen enteramente más que instrumentos del pecado; no hay iniquidades que no cometan, y están sepultados en el crimen como el rico en el infierno: *Sepultus est in inferno.* (Luc. XVI. 22.) Puede decirse de ellos que están vendidos bajo el pecado, segun la expresion de S. Pablo: *Venditatus sub peccato.* (Rom. VII. 14.) El gran apóstol los pinta del modo siguiente: Habrá hombres que se amarán á sí mismos, ávidos, arrogantes, soberbios, blasfemos, rebeldes á sus padres, ingratos, manchados de crímenes, insensibles, implacables, detractores, disolutos, feroces, enemigos de los buenos, traidores, insolentes, linchados de orgullo, amantes del deleite y enemigos de la virtud (2).

San Pedro llama al pecador, y sobre todo al pecador incorregible, animal imundo que se deleita en el cieno: *Sus lota in volutabro luti.* (II. II. 22.)

Los pecadores, dicen los Proverbios, abandonan el camino recto, y emprenden caminos tenebrosos. (II. 13.) Se alegran cuando han obrado mal, y

(1) Quando dictum est diabolo Terram manducabis, dictum est peccatori: Terra es, et in terram ibis. Datus est ergo in cibum diabolo peccator. Non simus terra, si volumus manducari á serpente. (Lib. I. de Agone christianor. c. II.)

(2) Erunt homines seipsos amantes, cupidi, elati, superbi, blasphemí, parenibus non obediétes, ingrati, scelesii, sine affectione, sine pace, criminatores, incontinentes, immités, sine benignitate, proditores, protervi, tumidi et voluptatum amatores, virtutum abnegantes. (I Tim. III. 2-3.)

se estremecen de alegría en los actos más culpables: *Letantur, cum malefecerint, et exsultant in rebus pessimis.* (Ibid. II. 14.) Sus caminos son perversos, é infame su conducta: *Quorum via perversa sunt, et infames gressus eorum.* (Ibid. II. 15.)

¿Qué puede querer y perseguir un corazón malo, corrompido, depravado, marchito, habitado por el demonio, sino el mal y la infamia? Una fuente de aguas amargas, ¿puede acaso dar más que amargura?...

La via perversa del pecador es una via extraña: *Perversa via viri aliena est.* (Prov. XXI. 8.) Es extraña: 1.º á la justicia, es decir, á lo que la sana razon tiene por recto, probó y honrado. Por consiguiente es extraña, 2.º, á la dignidad del hombre, que consiste en la rectitud de la razon y en la pureza de la conciencia. El hombre verdaderamente digno de tal nombre consulta estos guías; se guarda de vivir y obrar como los irracionales; huye del mal, que no es más que una contradiccion entre la obra ó la accion y la naturaleza razonable. El obrar mal sólo es propio del irracional, que no está dirigido por la razon, sino por el capricho ó la concupiscencia. 3.º La via del perverso es extraña á Dios; porque Dios ha puesto en el hombre el juicio y la recta razon á fin de que predominase su influjo en todas las cosas. 4.º La via de los pecadores es extraña á la sociedad y al modo de vivir de los hombres razonables que obedecen á la rectitud y á la equidad. 5.º Es extraña para sí misma; porque el hombre que pervierte sus vias se aleja de sí mismo, y se pone en oposicion con las leyes de su existencia. En efecto; vivir segun Dios y la razon, es propio del hombre; y el que vive segun Dios, vive siempre segun la razon y la conciencia. El que vive, por el contrario, en pugna con la razon ilustrada por Dios, toma un camino extraño á la naturaleza humana.

Hay tres cosas muy malas, dice S. Agustín: el alma del pecador que persevera en el pecado, los ángeles caidos que la guían, y el infierno, á donde va. Nada es igual á estos tres males. Pero hay tres cosas incomparablemente buenas, el alma fiel que persevera en el bien, los santos ángeles que la guían, y el Cielo, á donde se dirige. *De Salutarib. document., (c. XLIX.)*

Pecador, dice el profeta Baruch, habitas la tierra de tus enemigos, una tierra extraña; te has manchado con los muertos segun Dios; has llegado á ser semejante á los que bajan al abismo. Has abandonado la fuente de la sabiduría: *In terra inimicorum es, in terra aliena; coinquinatus es cum mortuis; deputatus es cum descenditibus in infernum. Derelequisti fontem sapientia.* (III. 10-12.)

La memoria de los pecadores ha perecido estrepitosamente, dice el Salmista: *Periit memoria eorum cum sonitu.* (IX. 7). Los que me desprecian, serán despreciados, dice el Señor: *Qui contemnunt me erunt ignobiles.* (I. Reg. II. 30).

La reputacion del pecador, y sobre todo del pecador escandaloso, es abominable durante su vida, en su muerte y despues de su muerte...

Comentando el pasaje de la historia del pródigo que dice: «Su amo le envió al campo á cuidar una manada de puercos,» S. Crisóstomo escribe: ¡Ved en esto la espantosa metamorfosis que sufre el pecador, ¡y el justo castigo de la loca libertad que se ha dado! El que no quiso obedecer al mejor de los padres,

El pecador es castigado por lo que peca.

se ve obligado á hacerse esclavo de un extraño; el que no quiso servir á Dios, se ve obligado á servir al demonio; el que no quiso servir á la casa paterna, es enviado á un monte salvaje para sufrir allí toda clase de privaciones; el que no quiso permanecer en compañía de sus hermanos y de príncipes iguales suyos, se ve reducido á ser compañero y criado de los puercos; el que no quiso nutrirse con el pan de los ángeles, aguijoneado por el hambre, pide saciarse con las sobras de aquellos viles animales. (In Luc. c. XV).
¡Qué horrible cambio!...

El pecador es Jesuista, dice el apóstol de las gentes, ha borrado la firma de la condenación fulminada contra nosotros: *Delens, quod adversus nos erat, chirographum decreti, quod erat contrarium nobis.* (Coloss. II. 14).

Esa firma de condenación, dice Orígenes, es la firma con que el pecador reconoce sus pecados; porque el que peca escribe por sí mismo su pecado, y acepta la responsabilidad que cabe. (Homil. XIII. in Genes.)

Muy desgraciado es el pecador.

No hay, dice S. Agustín, no hay nada más desdichado que el goce de los pecadores, goce que mantiene su impiedad, principio de castigo, y fortifica en ellos la voluntad perversa, que es el enemigo interior: *Nihil est infelicius felicitate peccantium, qua penaliter nutritur impietas, et mala voluntas velut hostis interior roboratur.* (Sentent. XLII).

En su caridad sin límites, S. Pablo no cesaba de lamentar el funesto porvenir de los pecadores. Escuchadle: Muchas veces os lo he dicho, y os lo vuelvo á repetir con lágrimas: Muchos proceden como enemigos de la cruz de Cristo, muchos que tendrán por fin la perdición, y cuyo Dios es el vientre; se glorían de su propia vergüenza, y sólo encuentran placer en las cosas de la tierra (1).

Todos los hombres, es verdad, nacen en la desgracia; pero sólo los pecadores viven y mueren desgraciados...

Desgraciados son los que rechazan la sabiduría y la disciplina, dice el Espíritu Santo: su esperanza no tiene fundamento, sus trabajos son infructuosos, é inútiles sus obras: *Sapientiam et disciplinam qui objicit, infelix est, et vacua est spes illorum, et labores sine fructu, et inutilia opera eorum.* (Sap. III. 11).

¡Cuán digno de lástima, dice S. Bernardo, cuán digno de lástima es el pecador, cuando mira el Cielo, mansion de la luz increada, de las divinas alabanzas, de las sublimes glorias y de las gracias infinitas! ¡y cuánto más desgraciado es todavía cuando fija sus ojos en la tierra y ve las almas fervientes, sólidas en la fe, grandes en la esperanza, bellas en la caridad, fecundas en virtudes y en buenas obras, sobre las cuales bajan el rocío del Cielo y las bendiciones del Señor! ¡Con qué amargura, con qué pesar y remordimientos verá él, que está tan ávido de gloria y de vanidad, aquellas almas tan puras, tan honradas, tan ricas y felices; en tanto que, sumergidos en la esterilidad, en

(1) Multi ambulavit, quos esse dicebam vobis, nunc et fens dico, inimicos crucis Christi, quorum finis inferus, quorum Deus ventris est, et gloria in confusione ipsorum; qui terrena sapiunt. (Philipp. III. 18-19).

las tinieblas y en el hambre de todo bien, él y los que su ejemplo siguen son el oprobio de los hombres, de los ángeles y de Dios! (Serm. in Cant.)

La prosperidad misma de los pecadores hace su desgracia, puesto que los ciegos y los pierde, dicen los Proverbios: *Prosperitas stultorum perdit illos.* (I. 32).

El pecado, dice Sto. Tomás, es el apartamiento del bien supremo é increado, y la afición al bien perecedero y creado. Seguramente el que se aparta de Dios, y sin embargo prospera, está tanto más cerca de su pérdida, cuanto más lejos se halla del amor á la disciplina (1).

Los pecadores se pierden por la tranquilidad; porque, cuando disfrutan cierta paz, se sumergen en los excesos con furor y perseverancia. La paz y la prosperidad de los pecadores tiene por término una desgracia espantosa é irremediable...

El pecador, dice Salviano, se sumerge tanto más en una corrupción de costumbres rara y profunda, cuanto más gastado está por la prosperidad; olvidada á Dios, y se olvida á sí mismo completamente. Si sale de este reposo, sólo es para entregarse con más furor á los excesos de la embriaguez y de la disipación, de tal modo, que no vive más que de rapiñas, crímenes é infamias. Se aprovecha de la tranquilidad y prosperidad de que goza para cubrirse de oprobio y entregarse al mal con más licencia y seguridad: de este modo se hace indigno de todos los dones celestiales. (Lib. II. ad Eccl.)

Cuando el pecador está en paz y se abandona á los excesos del crimen, Dios no está lejos y no tarda el castigo, dice S. Paulino de Nola. La prosperidad deprava el juicio y hace olvidar la fragilidad humana. La adversidad reprime y humilla; la prosperidad nos hace orgullosos. Es raro manifestar prudencia en semejante estado; pues, por el contrario, se abandona el camino recto y se siguen caminos tenebrosos. Cuando se entregan al mal, los pecadores se alegran, dicen los Proverbios, y se estremecen de gozo en la iniquidad. *Laxantur, cum malefecerint, et exultant in rebus pessimis.* (Lib. II. c. XIV. epist. v.)

Pero, cuando rien los pecadores, dice S. Agustín, están atormentados por la conciencia del mal que han cometido, y riendo, mueren: *Ridendo exterius, interna malorum conscientia cruciantur, atque ridendo moriuntur.* (Sent. XLIII). Riendo y alegrándose los pecadores, dice S. Gregorio, se parecen á bueyes que marchan al matadero, á hombres ebrios que van á una caída, á frenéticos que corren á su pérdida. Isaías dice, hablando de ellos: La impudencia de su rostro les hace traicion; como Sodoma, han publicado sus crímenes, y no los han ocultado. ¡Desdichados! Han merecido sus males. (Comment. in Isai., lib. III. c. IX).

El que peca es asesino de su alma, dicen los Proverbios: *Qui peccaverit, laedit animam suam.* (VIII. 37). El pecador insulta á su alma, la maltrata, es su tirano, le quita la prudencia, el dominio de sí misma, y le priva de Dios, entregándola al espíritu infernal y á los tormentos de la otra vida...

El error y las tinieblas existen para los pecadores, dice la Sagrada Escri-

(1) Peccatum est aversio a bono summo et increato, ac conversio ad bonum caducum et creatum. Qui enim á Deo aversitur et prosperatur, tanto perditionis fit propinquior, quanto a zelo disciplinae invenitur alienus. (De Peccatis).

tura: *Error et tenebra peccatoribus concreta sunt.* (Eclí. II. 16). El camino de los pecadores parece terso y bien empedrado; pero en el extremo está el infierno, las tinieblas y los castigos: *Via peccantium complanata lapidibus: et in fine illorum inferi, et tenebra et poena.* (Ibid. XXI. 11). Muy diferente es el camino de la virtud...

El que habla á un pecador endurecido es como el que habla á un hombre sumergido en profundo sueño. Se parece, dice la Sagrada Escritura, al hombre que explique á un loco las reglas de la prudencia, concluyendo su discurso con las siguientes palabras: ¿Quién es este? Llorad por el muerto, porque ha perdido la luz; llorad por el insensato; porque ha perdido la razón. El duelo del difunto dura algunos días; pero no bastan los días de la vida para gemir por el insensato y el pecador. (Eclí. XXII. 8-13). Con razón compara el Espíritu Santo el pecador al hombre que duerme. Porque, 1.º, el uno se entrega al sueño ordinario, y el otro al sueño del crimen. 2.º Así como el sueño entorpece la inteligencia, la razón y la prudencia del pecador quedan anuladas por la concupiscencia. 3.º El que duerme vive con la vida animal; pero no con la vida de la razón. Lo mismo sucede al pecador. 4.º El que duerme es juguete de los sueños y visiones; el pecador es también juguete de las vanas apariencias que le ofrecen las criaturas, los bienes de la tierra y las pasiones. El mismo Platon dice: ¿Qué son todos los atractivos de esta vida? ¿Qué son todos los bienes y esperanzas de los mortales, sino sueños que tenemos estando despiertos? *Quid sunt omnes hujus vite illecebra? quid sunt omnes res et spes mortalium, nisi somnia vigilantium?* (Dialog. 5).

Después de comparar el pecador al hombre que duerme, lo compara la Sagrada Escritura al difunto...

Desgraciado pecador, dice Dios por vida de Jeremías, atiende y mira cuán funesto y amargo es haber abandonado al Señor, tu Dios, y no tener ya mi temor contigo: *Scito, ea vide, quia malum et amarum est reliquisse tu Dominum Deum tuum, et non esse timorem mei apud te.* (II. 19).

Pecadores, dicen los Proverbios, no deis vuestro honor á extranjeros, y vuestros años á años crueles: *Ne des alienis honorem tuum, et annos tuos crudeli.* (v. 9). Todo el que comete un pecado mortal deja su honor, la gracia, el título de hijo y de heredero de Dios á extraños, es decir, á los demonios; y los años de su vida á un amo cruel, es decir, á Satanás.

¿Quiénes son los extraños para nosotros, dice S. Gregorio, sino los espíritus de malicia alejados para siempre de la patria celestial? Y ¿quién es el cruel, sino el apóstata, que con su orgullo se impuso una muerte eterna, y, al verse perdido, no perdona medio de hacer partícipe de su triste suerte al género humano? El pecador, creado á imagen y semejanza de Dios, abandona, pues, su honor á unos extraños, y consagra su vida en cumplir la voluntad de los espíritus malos y crueles. (*In hæc verba Prov.*)

El pecado y el demonio son los implacables enemigos del pecador, sus tiranos y sus verdugos: lo matan.

Mirad, dice el Salmista, mirad que el malvado ha engendrado el mal, ha concebido el dolor, y ha parido la iniquidad. *Ecce parturit injustitiam, concepit dolorem, et peperit iniquitatem.* (VII. 15).

El pecador, dice S. Crisóstomo, concibe el dolor del pecado, y, si no se

arrepiente, produce la muerte. Antes de estar el niño fuera del seno de su madre, le causa vivos dolores; pero, después de haber salido, es su alegría. Por el contrario, el pecado ya concebido es una serpiente en las entrañas del hombre, y le da la muerte, á no ser que el pecador se libre de aquel monstruo por el arrepentimiento y la penitencia. La concepción del pecado es el nacimiento de la serpiente en el corazón; cuando el pecado está consumado, aquella serpiente vierte su veneno, y produce una enfermedad mortal. El que peca el pecado cae bajo el peso del juicio y de la condenación; y si persevera, será eternamente reprobado. La madre amamanta voluntariamente á su hijo; pero el pecado da la muerte al que lo ha cometido: el pecado es peor que el demonio. (*Homil. ad pop.*)

El mismo Santo dice que el pecado es una bestia feroz. El pecado es lo único que perjudica al hombre, añade: cuando está destruido, todo es fácil, todo sencillo; pero, mientras está existente, todo es sufrimiento, agitación y pérdida. El pecado es un poderoso demonio: *Magnus daemon peccatum est.* (*Homil. ad pop.*)

Caiga la ira y la indignación, dice el gran apóstol, sobre los hijos de la disputa que no dan su aquiescencia á la verdad, y la dan á la iniquidad, la indignación y la ira. Caiga la turbación y la angustia en el alma de todo hombre que obre mal: gloria, honra y paz á todo el que obre bien (1).

El Señor, dice el Salmista, se horroriza del impío y del que quiere la iniquidad. Hará llover sobre ellos asechanzas, el fuego y el azufre; el viento de las tempestades es lo que les prepara: *Pluet super peccatores laqueos; ignis et sulphur, et spiritus procellarum pars calicis eorum.* (X. 6-7.) El pecador está destinado á recibir todos los azotes: *Multa flagella peccatoris.* (Psalmo XXXI. 10.) No deseis la prosperidad de los malos, y no tengais envidia á los que cometen la iniquidad: quedarán mustios tan pronto como la yerba cortada; caerán como la flor de los campos: *Noli æmulari in malignantibus, neque zelaveris facientes iniquitatem: quoniam tanquam fenum velociter arecent, et quemadmodum olera herbarum cito decident.* (Psal. XXXVI. 1-2.) Los pecadores perecerán: *Peccatores peribunt.* (Psal. XXXVI. 20.) Los enemigos de Dios desaparecerán; se desvanecerán como el humo: *Inimici Domini deficient, quemadmodum fumus, deficient.* (Psal. XXXVI. 20.) Vuestra indignación, Señor, nada sano ha dejado en mi cuerpo, y mis pecados han llevado la turbación hasta mis huesos. Mis iniquidades se han levantado sobre mi cabeza, y han venido á ser un peso que me agobia. La podredumbre y la corrupción se han formado en mis llagas, á causa de mis extravíos. Miserable y encorvado hacia la tierra, ando en el dolor durante el día. Mi corazón se halla entregado á la agitación; mi fuerza me ha abandonado; la luz de mis ojos se ha apagado; no está ya en mí. (Psal. XXXVII. 6-10.)

La salvación está lejos de los pecadores: *Longe á peccatoribus salus.* (Psal. CXVIII. 154.)

(1) Iis, qui sunt ex contentione, et qui non acquiescunt veritati, credunt autem iniquitati, ira et indignatio. Tribulatio et angustia in omnium animarum hominum operantis malum. Gloria autem, et honor, et pax omni operanti bonum. (*Rom. II. 8-10.*)

En la mano del Señor hay una copa de vino turbio; la inclina á uno y á otro lado; pero la hez que en ella se encuentra no se agota; todos los pecadores de la tierra beberán en ella: *Calix in manu Domini vini meri plenus misto; et inclinabit ex hoc in hoc; verumtamen fœx ejus non est ezinania; bibent omnes peccatores terræ.* (Psal. LXXIV. 9.)

Si obras bien, dijo el Señor á Caín, ¿no serás recompensado? Si obras mal, ¿no aparecerá de repente tu pecado en la entrada de tu casa? *Nonne, si bene egeris, recipies? si autem male, statim in foribus peccatum aderit?* (Gen. IV. 7.)

Vigilando á la puerta del pecador como un dragon ó un dogo fiero, el pecado, ó más bien la pena del pecado, le asalta ó se venga: al punto que está cometido el pecado, se precipita sobre él, le desgarrá, le despedaza. Este dragon, este dogo es el remordimiento de la conciencia, la turbacion del espíritu, la rebelion de la razon; es la ira de Dios suspendida sobre la cabeza del pecador, es la angustia y todas las calamidades presentes y futuras con que castiga la eterna justicia.

La pena sigue al criminal, dice el poeta: *Noxa caput sequitur.*

El castigo, dice Horacio, raras veces dejó de alcanzar al culpable, á quien sigue cojeando. Al culpable le cabe en suerte llevar noche y dia en su interior un castigo invisible, sufriendo los latigazos que le aplica la conciencia, infatigable verdugo suyo.

Raro antecedentem scelestum

Deseruit pede pœne claudo.

Nocte dieque suum gestare in pectore testem,
Occultum quatiente animo tortore flagellum.

La conciencia es á la vez vengadora de la Divinidad y juez y verdugo del culpable.

No hay tormentos más terribles que los que impone la conciencia de haber obrado mal, dice S. Agustín; pues, no teniendo ya el pecador á Dios en su corazon, no halla consuelo alguno: *Nulla pœne graviores sunt quam male conscientia, in qua, cum non habetur Deus, consolatio non invenitur.* (Lib. Confess.)

El pecador queda herido en cierto modo con las diez plagas de Egipto; experimenta la suerte de los soldados de Faraon sepultados entre las olas del mar Rojo.

Observad: 1.º que los egipcios fueron castigados por medio de casi todas las cosas creadas: la tierra, el agua, el aire y el fuego; las nubes, el granizo y el rayo; los animales, ranas, moseas, y langostas; el sol y los astros; los hombres, Moisés y Aarón; los ángeles y el mismo Dios...

2.º Sufrieron en todas sus riquezas: en los frutos que sacaban de la tierra y en los ganados; en su oro y su plata; en su cuerpo con úlceras; en su familia con la muerte de los primogénitos...

3.º Fueron tambien castigados en todos sus sentidos: en la vista con las tinieblas y los espectros; en el oido con el ruido de los truenos; en el gusto con una sed devoradora que sólo podían saciar con sangre; en el olfato con la

putrefaccion de insectos privados de la vida y con la infeccion que á lo léjos despedían; en el tacto con el dolor causado por las úlceras y la picadura de los insectos; y finalmente en la inteligencia y en la imaginacion con continuas aflicciones y terrores de todas clases. Tal es la suerte de los pecadores y una pequeña imágen del infierno.

Así como todo se vuelve en provecho de los Santos, todo se vuelve en detrimento de los impíos y pecadores, dice el Eclesiástico: *Omnia Sanctis in bona; sic et impiis et peccatoribus in mala convertuntur.* (XXXIX. 32.)

¡Ay, exclama Isafas, ay de la nacion culpable, del pueblo cargado de crimenes, de la raza perversa y de los hijos sacrilegos! *Vae genti peccatrici, populo gravi iniquitate, semini nequam, filiis sceleratis!* (I. 4). Los rebeldes y los pecadores serán aniquilados juntos; los que han abandonado al Señor, serán consumidos: *Conteret sceleratos et peccatores simul; et qui dereliquerunt Dominum, consummentur.* (Id. I. 28). Pecador, todos los azotes te saldrán al encuentro: la devastacion, la ruina, el hambre y el acero. ¿Quién te consolará? *Occurrunt tibi vastitas, et contritio, et fames, et gladius. Quis consolabitur te?* (Id. LI. 19).

Ó pueblo mio, dice el Señor por boca de Jeremías, te habia plantado como una viña elegida entre las mejores cepas; ¿cómo te has convertido para mí en una viña extraña, que produce amargos frutos? *Ego plantavi te vineam electam, omne semen verum; quomodo ergo conversa es mihi in pravam, vinea aliena?* (II. 21). Convertiré á Jerusalem en un monton de arena y en una cueva de dragones; entregaré las ciudades de Judá á la desolacion, y nadie habitará en ellas: *Et dabo Jerusalem in cervos arenæ, et cubilia draconum; et civitates Juda dabo in desolationem, eo quod non sit habitator.* (Id. IX. 11).

¿Por qué ha perecido vuestra tierra, se ha vuelto árida como el desierto, y nadie pasa por ella? *Quare perit terra, exusta sit quasi desertum, eo quod non sit qui pertransent?* (Jerem. IX. 12). Y el Señor ha dicho: Porque han abandonado la ley que yo les habia dado, no han escuchado mi voz, y no han andado segun mis mandamientos; porque han seguido, ya la perversidad de su corazon, ya á Baal. Por cuya razon, dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel: Alimentaré este pueblo con ajeno, y apagaré su sed con hiel. Enviaré tras ellos el acero hasta que estén concluidos. La muerte subirá por vuestras ventanas, entrará en vuestras casas, y exterminará á vuestros niños y á vuestros jóvenes. (Jerem. IX. 13-16-24). Arrojaré sobre ellos males de que no podrán salir, dice el Señor. Profeta, no ores para este pueblo: *Ecce ego inducam super eos mala, de quibus exire non poterit. Tu, noli orare pro populo hoc.* (Id. XI. 11-14).

Sean el pecador, el orgulloso, el ladron, el que se dejó á la embriaguez y el impúdico; sepan que, pecando, no hacen más que prepararse azotes para esta vida y para la otra. Con su orgullo y desobediencia, ¿no se prepararon Adán y Eva, para sí y sus descendientes, azotes que han herido y herirán hasta el fin del mundo á la razon humana?

El pecador sembrará vientos y recogerá tempestades, dice Oseas: *Ventum seminabunt, et turbinem metent.* (VIII. 7). Habeis cultivado la iniquidad, habeis cosechado el crimen, y habeis comido el fruto de la mentira, dice en otra

parte el mismo profeta: *Arastis impietatem, iniquitatem messuistis, comedistis frugem mendacii.* (Osee. X. 13).

El que siembra la iniquidad, recogerá males, dicen los Proverbios; y preparado está el azote que ha de quebrantarle. *Qui seminat iniquitatem, metet mala, et viga irae suae consummabitur.* (XII. 8).

No os engañéis, dice el apóstol de las gentes, nadie puede reirse de Dios. El hombre recogerá lo que siembre. El que siembre en la carne, recogerá la corrupción de la carne. *Nolite errare; Deus non irridetur. Quae seminaverit homo, haec et metet. Qui seminat in carne sua, de carne metet corruptionem.* (Gal. VI. 7-8).

Puede decirse que los pecados son la leña que mantiene el fuego del infierno...

Vi, dice Job, ví que el soplo de Dios hacía perecer á los que hacen iniquidades, á los que siembran dolores y que han de recogerlos; el viento abrasador de su ira los ha consumido. *Vidi eos, qui operantur iniquitatem, et seminant dolores, et metunt eos, flante Deo, periisse, et spiritu irae ejus esse consumptos.* (IV. 8-9).

Vi, dice el Salmista, ví al impío exaltado en su orgullo y erguido como el cedro del Libano; pasó luego, y ya no estaba; lo busqué, y no encontré su huella. *Vidi impium superexaltatum, et elevatum sicut cedros Libani. Et transivi, et ecce non erat; et quesiivi eum, et non est inventus locus ejus.* (XXXVI. 35-36).

El pecador no está en su sitio más que en el infierno. **H**ablando de Judas, S. Pedro dice que aquel traidor dejó el apostolado para ir á ocupar su puesto: *Ut abiret in locum suum.* (Act. I. 25). Fué á la horca, y luego al infierno: aquel era su sitio. El hombre digno del infierno ha de ir al infierno...

Tocante á los tímidos, dice el Señor en el Apocalipsis, á los incrédulos, á los execrables, á los homicidas, á los fornicadores, envenenadores, idólatras y todos los mentirosos, su destino será el estanque de fuego ardiente y azufre, que es la segunda muerte (1).

Las naciones criminales, dice el Salmista, han sido sepultadas en la muerte que se han preparado: *Infixae sunt gentes in interitu, quem fecerunt.* (IX. 16).

Vuelvan los pecadores al infierno, dice el mismo profeta: *Convertantur peccatores in infernum.* (IX. 18). El infierno los arroja; justo es que allí vuelvan... El sagrado escritor dice que los pecadores deben volver al infierno, porque, como pecadores, de allí proceden. Dios hizo al hombre recto é inocente: el infierno, ó Satanás le ha hecho pecador...

La llama de las pasiones y del pecado quemó primero á los pecadores, y luego los devora la llama del infierno: *Flamma combussit peccatores.* (Psal. CV. 18).

Vos, ó Dios mio, dice el profeta rey, hareis bajar al abismo á los impíos: *Tu vero, Deus, deduces eos in puteum interitus.* (LIV. 24).

(1) Tímidis, et incredulis, et execratis, et homicidis, et fornicatoribus, et veneficis, et idolatris, et omnibus mendacibus, pars illorum erit in stagno ardenti igne et sulphure; quod est mors secunda. (XXI. 8).

Aunque el pecador ha pecado en el tiempo, dice S. Bernardo, es castigado por un infierno eterno, por su inflexible voluntad y obstinacion en el mal. Es efectivamente cierto que lo que fué corto segun el tiempo y la obra es largo, en la voluntad terca, de tal modo, que si el pecador no muriese, no querría dejar nunca el pecado, ó más bien que querría vivir siempre para poder tambien pecar siempre. En muy diferente sentido podrian aplicarse al pecador aquellas palabras de la Escritura: Consumado en poco tiempo, ha recorrido una larga carrera. Por no haber querido mudar de intencion, el pecador ve que le han cargado el peso de muchos años, el curso de la eternidad (1).

(1) Ad hoc, procul dubio, inflexibilis et obstinatae mentis punitur aeternaliter malum, licet temporaliter perpetratur; quia, quod breve fuit tempore, vel opere, longum esse constat in perfidiae voluntate; ita ut, si nunquam moreretur, nunquam velle peccare desineret; imo, semper vivere vellet, ut semper peccare possent. Proinde potest et de isto per contrarium dici: Consummatas in brevi, explevit tempora multa. Quod merito multorum imo omnium temporum receperit vicem, qui nullo tempore voluerit mutare intentionem. (Serm. in Psal.)